# "Deja que los perros ladren", en la sala Cáceres (4-4-79)

Para el estreno de un nuevo local teatral, la Sala Cáceres, que cumple perfectamente con las condiciones del nuevo teatro—descentralización, salas reducidas que expandan el hecho teatral en todas las porciones urbanas con otro tipo de teatro que el que prevalece en el que podríamos llamar, con perdón, el Broodway—, ha elegido una obra que, en realidad, si prácticamente es conocida, no es un estreno, ya que fue representada en el Español, en 1961, por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile, que nos visitó por entonces, dando a conocer, entre algunas más ("La pérgola de las flores", de Isidora Aguirre, y de "Versos de ciego", de Luis A. Heiremans), la obra de Sergio Vodanovic, su compatriota. Ya en aquel tiempo, y llovió desde entonces, nos pareció que la obra respondía a un concepto digamos tradicional del teatro de denuncia social, que no se avenía con ser llevada en el seno de un teatro de ensayo ,como por entonces se llamaban.

Al cabo del tiempo no hay sino decir que esta opinión se refuerza. Pero a la vez pensamos si los mensajes crípticos, expresionistas, surrealistas no son minoritarios o aspirantes a la calidad o a la novedad expositiva—relativa ya—más que a a resonancia. El teatro de "Deja que los perros ladren", desde sus formas burguesas, lleva consigo, para que lo vean los más ciegos y oigan los más sordos, un mensaje crítico de la moral social al uso, de la moral laxa, que resulta disculpable a fuerza de ser practicable y practicada, que resulta impugnada, demasiado discursivamente, desde la moral sstricta puramente cívica. No hace falta que funcione la moral cristiana, exigente también en la intimidad, como en "La muralla". Claro es que si vamos tras la eficacia acabaríamos en las piezas teatrales de Federico Urales, que se interpretaban en los Ateneos Libertarios, que en su ambiente no les faltaba.

Obras como ésta, como "El chico de los Winslow" (que tiene más carácter y color), valen por la exposición de un fondo moral. A lo mejor la obra de Vodanovic fue en su momento, en Chile, muy explícita. Aquí y ahora resulta genérica, sobre la corrupción en busca del medro personal en la política. Y desde el punto de vista teatral es demasiado lineal y de tiro hecho con sus buenos, con sus malos, con sus prevaricadores y sus arrepentimientos, señalando el derrotero de la exposición, el nudo y el desenlace con final esperanzador, aunque no provechoso.

Todo un poco "melo", la verdad, en esta denuncia, que no por ser cierta deja de sonar un poco en el vacío. Ahora el teatro de este género habla un lenguaje más fuerte, aspira a grabar sus significados a martillazos y gritos expresionistas, más que a través de los alegatos morales e inmoralistas (más que inmorales), de los personajes de "Deja que los perros ladren". Obra que se ve con gusto y con placidez, esto es lo malo, por el aquél de las formas y la sensibilidad educada para manjares más fuertes. No recuerdo al cabo del tiempo si hace dieciocho años se decía que el texto de Vodanovic "cesarle" por "destituirle", y alguna cosa más en esta línea; creemos que no. Carmen Sorel en el único papel femenino de la madre; Vicente Cruañes en el central del protagonista, su esposo; Fernando Martín en el hijo, con el concurso de José Luis Barceló y José Albiach en el "ministro" y "periodista", respectivamente, desempeñaron bien sus papeles. Y el público entero les aplaudió. Es verdad que éramos pocos en la representación siguiente al estreno. La Sala Cáceres es bonita y cómoda y le deseamos una larga y fecunda carrera teatral.